

De formaciones para Uruguay.

**(Primer ensayo) Etica y formación<sup>1</sup>.**

Una analista venezolana de nombre Ana Teresa Torres tiene esta frase en su libro *Historias del continente oscuro*: Han cambiado las mujeres, y entonces por que no habría de hacerlo la teoría?

Unas décadas antes Freud (1915) había dicho: El progreso del conocimiento no tolera la inalterabilidad de las definiciones. Como nos lo evidencia la Física, también los conceptos fundamentales fijados en definiciones experimentan una perpetua modificación del contenido.

Toda forma es vulnerable al paso del tiempo, pocas cosas logran burlar el cincel que por vía de levare, va llevando a que la materia mude sus formas originarias bajo el efecto lento o veloz de esa magnitud de la física.

Un cuerpo expuesto al paso del tiempo dejará constancia de la existencia de las metamorfosis y mutaciones de la materia. Posiblemente por ello, para Freud, una de las grandes causas del malestar en la vida, en la cultura, tenga que ver con el sufrimiento que nos causa ver esa de-formación, ese deterioro y aniquilación de nuestros cuerpos. El tic-tac del curso del tiempo nos recuerda que nuestro paso por la vida es efímero, transitorio, pasajero.

Frente a esa decadencia del individuo, el hombre ha creado dioses a los que les ha otorgado el anhelado don de lo eterno y lo inmutable, asignándoles por lo tanto la función de preservar esa ilusoria negación del paso del tiempo que hace a los cuerpos finitos y mortales.

Pero si no hay dioses, ahí están las instituciones humanas como garantes de que el olvido no devore sus producciones.

La construcción de la institucionalidad de nuestra disciplina, tuvo, seguramente, en sus orígenes, la intención de permitir que la labor psicoanalítica sobreviviera al paso del tiempo y al carácter demoledor que podría deshacer la obra freudiana, ahí hay una historia para releer y repensar en nuestros procesos formativos, investigar como se constituyó nuestra institucionalidad.

En Grecia cuando alguien moría, se le hacía un monumento (sêma o mnêma) para que los hombres del futuro pudieran recordar como habían sido las hazañas en vida, en griego se escribe: ménei émpedon, la estela de un muerto permanece inmutable. Nuestra institucionalidad puede ser comprendida como el monumento-memoria, la

---

<sup>1</sup> Texto presentado en Congreso Fepal 2020

estela que guarda en acto y leyes una forma supuestamente estandarizada por Freud. Haciendo de esta forma una imagen ideal que se instituye para que sus miembros sean una copia del modelo, y para que la educación se oriente hacia la reproducción de ese modelo. Como si el paso del tiempo no fuera borrando o deshaciendo la tinta con la que se imprimen las reproducciones, como si el paso del tiempo no fuera moviendo la orientación de los polos.

Una anécdota de una lectura tangencial... alguna vez navegando por el mar virtual me encontré una obvia referencia a la palabra orientación. Digo obvia porque orientación proviene de Oriente. Antiguamente, y aún hoy, la forma de ubicarnos está dada por la salida del sol. Por eso los mapas que se hacían en el viejo mundo ponían en la cabeza del mundo a oriente. Esos mapas se llamaban T en O, porque se hacía un círculo con una T en su interior. En la parte de arriba de la T estaba el continente asiático y debajo de la barra de la T estaban a cada lado, Europa y Africa. Hasta que llegaron los cartógrafos europeos, en ese momento el universo cambió la orientación. Para ese mismo momento aparecimos nosotros, y nos ubicaron en la parte baja o sur de los mapamundi.

Ya no miramos la salida del sol para orientarnos, ahora miramos al norte. La historia de nuestra institucionalidad psicoanalítica hace efecto de estos giros cartográficos. Hoy en día, desde el sur fepalino, miramos hacia el norteño IPA, o hacia el norteño estado unido, o hacia el racional continente europeo y su isla aristocrática, nuestros modelos formativos son el reiterativo Eitingon o el alternativo francés, y ¿Quién ve hacia el Monte de la punta sur-este?

¿Quien mira al vecino? ¿O será que los rioplatenses otean hacia las cumbres de la cordillera andina en vez mirar la ciudad luz? ¿O será que los herederos de Montezuma miran hacia los herederos de Guaicapuro mas que hacia la parte norte del rio Bravo? ¿O será que los hispanoparlantes nos preocupamos mas de aprender portugués que de aprender inglés o francés? ¿O leemos mas Caliban que el International Journal?

No esta mal que leamos el norte, el asunto es cuando éste se convierte en *el factor común denominador*, en el matema o mitema o enredotema a copiar, como quien repite bien la lección. Cuando el psicoanálisis intenta, mas bien, ubicar *el factor propio diversificador*.

Si alguien me preguntara cómo revisar la formación analítica con los cambios actuales, tendría que decir primero que no conozco una forma que garantice el poder totalizador del conocimiento. Creo que todo intento es vano, pero eso no impide tejer utopías.

En *Del rigor de la ciencia* narra Borges la existencia de un imperio preocupado por el arte de la cartografía, en el cual se logró construir un mapa que coincidía exactamente con <sup>[1]</sup>el territorio que representaba. Un mapa desmesurado que, con el <sup>[2]</sup>paso del implacable devorador de cuerpos, es decir, el tiempo, quedó reducido a una serie de jirones esparcidos por todo el Imperio. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos.

El deseo de inclusión, paradigma importante en los horizontes de esta contemporaneidad, podría llevarnos a rehacer una totalidad perdida con los diversos retazos y jirones que el paso del tiempo ha generado o de-generado.

Cada quien llevaría su porción de tejido del conocimiento y podríamos empezar a reconstruir la supuesta unidad fragmentada, los analistas de niños nos ofrecerían su técnica polimorfa con su aguda observación de bebés, los practicantes de actividades comunitarias nos mostrarían los beneficios de la aplicación del análisis en contextos sociales, los que trabajan en parejas o grupos nos mostrarían como el inconsciente se configura en espacios intersubjetivos, los que se ocupan de temas de género nos recordarían la importancia de la comprensión diversa, los neuro nos mostrarían bella y científicamente algunos isomorfismos especulares entre cerebro y psiqué, los supuestos clásicos nos recordarían como conservan un encuadre y los supuestos heterodoxos como deconstruirlo.

En mi concepto, no se trata de sumatorias, porque ellas serían infinitas, como el ideal de los cartógrafos del antiguo imperio. Si se tratara de sumatorias pensaría que el modelo formativo debería abarcar toda la vida de nuestro hacer psicoanalítico. En últimas esa es la pertenencia de estos encuentros internacionales, extramuros a nuestros pequeños territorios de poder, en la otredad de estos encuentros emerge un saber diferencial. Es eso que se denomina educación continua.

Más que sumar o sustraer contenido, más que multiplicar o fraccionar, más que matematizar nuestros procesos formativos, pienso que la formación pasa por una ética, por ética no me refiero a los decálogos normativos tipo Código Hays americano que censuró durante casi 30 años cualquier manifestación erótica en las cintas cinematográficas (¿Cuántos *Torquemadas* siguen deambulando por nuestras instituciones?).

Una ética del conocimiento es aquella acción que opera como una reflexión crítica sobre lo que son los elementos instituyentes de nuestros conceptos, del cual Freud dejó algunas indicaciones en su propuesta de la metodología arqueológica como modelo del hacer psicoanalítico.

Una ética del conocimiento es la que ubica como virtud el amor por la verdad, lo que nos llevaría a indagar sobre la forma en que se encubren hechos originales, ello nos permitirá desentrañar como detrás de los dogmas del saber disciplinar hay una historia que no se narra y que debemos develar.

Una ética del conocimiento analítico debería estar basada en la idea de alteridad, que cuestione el logo-centrismo de nuestros conceptos y los peligros narcisistas que buscan engullir todo concepto nuevo como un Cronos que devora a sus hijos. Un ethos que nos permita buscar extramuros nuevas formas de comprensión de hechos que siempre excederán los modelos explicativos con los que pretendamos definirlos.

En una carta de Winnicott a Klein el 17 de noviembre del 52, (tras exponer un artículo denominado Angustia asociada frente a la inseguridad) dice:

*“Personalmente creo que es muy importante que su obra sea reenunciada por personas que realicen los descubrimientos a su manera y que presenten lo que descubren en su propio lenguaje. Sólo de ese modo se mantendrá vivo el lenguaje.*

*Pero si usted estipula que en el futuro únicamente sea su propio lenguaje el que debe ser utilizado para la enunciación de los descubrimientos de otras personas, el lenguaje se convertirá en un lenguaje muerto, como ya se convirtió en la Sociedad (la British Society)”*.

La ética analítica se juega en el reconocimiento de la diferencia, en el descentramiento de nuestro saber, ahí es donde entra en juego la idea del múltiple interés del psicoanálisis, artículo donde Freud menciona el interés analítico por la filología, la sociología, la estética, la mitología, la historia de las civilizaciones, la biología, la pedagogía . Una ética psicoanalítica pasa por descentrar al sujeto del lugar de sus certezas y deshacer el logos coagulado en el tiempo.

En nuestra contemporaneidad institucional observo que dos discursos interrogan desde la exterioridad a nuestra pensamiento psicoanalítico: los discursos de género y las prácticas extra-consultorio como demanda el malestar en la cultura.

Jugando a la cinta de Moebius, o a la Superficie de Klein (que es otra figura topológica interesante planteada por Felix Klein en 1882), podría decir que esos discursos que hoy interrogan nuestra práctica, hace mucho tiempo fueron generadas desde el interior del que hacer analítico.

Freud en 1918 en el Congreso de Budapest instó a la conciencia moral de la sociedad para que recuerde que *“el pobre no tiene menos derechos a la terapia anímica que los que ya se les acuerdan en cirugía básica.....se crearan entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica ....estos tratamientos serán gratuitos”* .

Esta idea es tomada por Eitingon para desarrollar, con Abraham, el Policlínico de Berlín dos años después. Idea que también retoma Ana Freud, quien se la pasó creando y apoyando institutos de atención social para infantes en Viena junto a Eva Rosenfeld y Dorothy Burlingham. Trabajo que también desarrolló Aichorn en su aplicación de conceptos psicoanalíticos con jóvenes delincuentes y al interior de espacios pedagógicos en general.

Pero esa labor cayó en el olvido, al parecer, fruto de las migraciones generada por la invasión nazi, la labor comunitaria quedó exiliada de la institucionalidad, y el oro puro quedó filtrado cuando el cedazo médico americano filtró el cobre psicoanalítico.

De otro lado ¿Por qué el discurso de género hoy interroga a nuestra disciplina cuando la diversidad sexual es la esencia del descubrimiento analítico? Leer los tres ensayos y el caso de la joven homosexual sirve de memoria para recordar a un Freud que

anticipó en su noción de sexualidad simbólica la multiplicidad de elecciones e identificaciones. ¿Por qué hoy esa idea de la polivalencia de nuestra sexualidad la hemos ubicado como algo extraño o extranjero a nuestra identidad?

Cuando una institución se verticaliza y adopta formas religiosas (dinámica que Freud instituyó con su comité de anillos secretos), el conocimiento se vuelve dogma y el disenso y la creatividad se demonizan. Algunos conceptos caen en la censura y el olvido cuando hay monjes inquisidores, a la manera del personaje de Jorge de Burgos en la novela de Umberto Eco, que están dispuestos en su ceguera a quemar una biblioteca con tal que ciertos conceptos no socaven los fundamentos instituidos de la identidad analítica.

Roudinesco se pregunta: *El nuevo psicoanálisis del siglo XXI, ¿será exportado en una forma globalista, como una máquina de interpretar, o por el contrario, será capaz de convertirse en el instrumento de una crítica, al mismo tiempo a sus propios dogmas y a los modos de pensamiento que resisten a su pleno desarrollo?*

## **(segundo ensayo) El rumor de tu voz<sup>2</sup>**

### **Preludio**

¿Dónde ubico la primera huella sonora que dejará su marca en la constitución del ser humano? ¿En el manto de la voz materna que arrulla, con su canto, los primeros sorbos del néctar de la vida del lactante? ¿O la huella proviene del *tum tum* del palpar del corazón materno que retumba vibrátilmente en el cuerpo fetal, al interior de esa caja de resonancia que debe ser la concavidad del continente materno?

La primera señal de la existencia de mis hijos fue el sonido de un palpitante fluido, un latir borboteante de vida, el crescendo galopante de un corazón en conformación. El sonido de ese brote palpitante, que me daba indicios de la existencia fetal, duró algunos segundos, eso le aconteció a este padre del siglo XXI. Pero para el ser destinado a heredar la trama familiar y a portar un nombre determinado por la patrilínealidad, ese sonido (el *tum tum* del corazón) será incesante durante varios meses. En ese momento pensaba que los hijos heredarán los conflictos generacionales bajo el ritmo y el tono del *tumbao (sonido)* del corazón materno.

¿Cómo se oirá el mundo por primera vez, al salir de la matriz acuosa? ¿Será como ese vibrato ruidoso que se oye al traspasar el umbral del espacio hogareño para transitar hacia la densidad del espacio urbano? Y en medio de esa turbulencia sonora ¿Cómo opera la voz materna?

*“Muchas veces me calma su voz, no recuerdo lo que me dice, pero me queda el tono de como me habla”* Dice alguien recostado en el diván.

---

<sup>2</sup> Texto para la Revista Caliban “Testimonios”

La voz materna es una melodía en la que gradualmente vamos discriminando sus componentes verbales. Antes que la palabra exista en nuestras vidas, le antecede un gesto, el sonido gutural, el llanto, el grito, la garganta sería el primer instrumento sonoro. Poco a poco aparece el balbuceo vocal desde el tracto sonoro. Los sonidos vocales empiezan a consonar, al menos eso designa la palabra consonante, una letra que hace sonar a otra, con-sonar; toda vocal con una consonante diversa cambia su dicción.

El sonido es el manto de la palabra, una especie de piel, de sombra, de envoltorio, de vestuario, imposible pensar la palabra sin un registro de sonoridad, excepto en la palabra escrita, pero no la palabra del habla, la de la vida cotidiana, la de las conferencias y las terapias, las del aula y el cortejo amoroso, las del dialogo y la disputa. Conversar y consonar, el interjuego de lo vocal y la audición.

Infancia es una palabra que refiere en principio al niño que no habla, etimológicamente es in-fari, sin habla. Cuando aparece la palabra, ingresamos en otro funcionamiento, al universo significativo que juegan con apalabrar las cosas ausentes, a un mundo sonoro donde la tesitura soprana es la significancia primordial. Luego llegará la adolescencia y con ella el cambio de voz, diferencia mas evidente en el caso de los XY que en el caso de las XX. La metamorfosis de la masculinidad estaría signada por la mutación de la voz, de la sopranidad a la tenoridad.

## Sonoridades

Algún otólogo, fonoaudiólogo o musicólogo, ya debió construir categorías para agrupar los diversos matices del universo sonoro. Hay sujetos cognoscentes que no pueden relacionarse con el mundo sin clasificarlo y diferenciar sus matices, por ellos sabemos que en el campo musical hay una vasta denominación de tiempos, que oscilan entre el *Larghissimo* (extremadamente lento, menos de 20 ppm) al *Allegro prestissimo con fuoco* (más de 240 ppm).

Ese forzoso oficio de la categorización me lleva a pensar en una simplista y primaria comprensión psicoanalítica sobre las diversas escuchas que tenemos los humanos.

Primero estaría la escucha psicótica la cual tiene como ejemplo al esquizoide que oye voces que lo acosan desde el exterior, aunque en realidad estas voces serían solo el reflejo de su voz interna. Una variación mitológica de esta escucha estaría en el relato del mito de Narciso, hay una versión en la cual la ninfa Eco se enamora de Narciso, por ello los enamorados repiten ecolálica y religiosamente los decires de su amado (“Como dijo ...”... y lo citan con la tonada de su idioma original).

¿Podría esa versión del mito alejarnos un poco de ese culto visual de la imagen y permitirnos adentrarnos en la relación con la sonoridad del otro y el amor que puede suscitar su voz?

De otro lado estaría la escucha neurótica, la cual conllevaría a que un sujeto solo pueda hacer sonoridad de la voz paterna, la sombra del padre cae sobre el yo, la sombra del padre cae sobre Hamlet y lo incita a la venganza, Adán oyó la voz del dios padre y sintió vergüenza. Un analista oye en silencio, en ocasiones a sus pacientes, otros sus teorías, otros no oyen porque se duermen y acusan a sus pacientes de arrullarlos con la melodía de su voz.

¿Qué oímos del otro? Hayde Faimberg (2010) hizo eco de esta acción cuando nos invitó a interrogarnos sobre la escucha del paciente cuando le habla ese ser que fue designado para escucharlo, esa escucha (del paciente) de quien le escucha (el analista) es el método que ella propone de revisión de las sesiones. Entre otras, ¿no sería más exacto hablar de superaudición que de supervisión?

*Mi clítoris queda en la entrada de mi oído, me dice una mujer introvertida.*

El compositor americano John Cage hizo una pieza musical llamada 4.33<sup>3</sup>. Cage se sentó frente al piano abrió la tapa que cubría el teclado y no ejecutó ninguna acción, solo cerraba la tapa y la abría para marcar los tres movimientos que componían su obra silenciosa. Durante el tiempo de ejecución silente, los ruidos del público asistente empezaban a hacerse audibles.

## Escuchas

En la antigüedad había un arte llamado cledonismancia, una especie de técnica de adivinación a partir de los sonidos y/o de las palabras, asociada a los oráculos, quienes referían buenos o malos presagios. Quien adivinaba malos presagios en dichos sonidos, era un blasfemo.

A los oráculos de la antigüedad se les obedecía y acataba, los dioses hablaban a través de ellos. En el origen la palabra obedecer significaba saber escuchar.

Durante algunos siglos la confesión católica acontecía en el espacio público hasta que dicha acción cedió su lugar hacia el siglo VII. En dicho momento la confesión de las penas privadas e íntimas reclamó un espacio similar al de las públicas, construyendo la figura del confesorio privado. Esta acción podría pensarse como el precursor de las prácticas terapéuticas que vinieron a inscribirse dentro de este ámbito de confesiones en el marco de una relación bipersonal.

Hay una escucha que busca una verdad, que intenta oponerse al secreto silenciado, en esa línea está el inquisidor, el analista, el investigador; el primero oye para castigar, el segundo para sanar, el tercero para develar. El morbo del confesor es saber sobre los vicios privados que en el ámbito de lo público se ocultan, hay una pasión morbosa por

---

<sup>3</sup> 29 de Agosto de 1952, en Woodstock

develar verdades ocultas. Ejemplo de ello sería Freud (1909/1981) incitando al Hombre de las Ratas a no callarse, a decirlo todo.

Mientras el paciente es obligado a cumplir la regla fundamental, Freud (1912/1981) propone a los analistas oír libremente por entre las palabras del dicente para entramar los signos de otra forma; para que floten entre palabras que asemejarían nubes, para que rearmen con sus consonancias y disonancias otra partitura, aún inaudible, o ilegible para el emisor.

Cuan extraña es nuestra voz cuando oímos su timbre en algún reproductor.

Paradójicamente el inventor del psicoanálisis, el que oía en diagonales los lineales discursos alienados, sufría de Amusia, una dificultad para discriminar sonidos musicales.

*Tu voz se adentró en mi ser y la tengo presa, cantaba mi amada Celia Cruz.*